

# La cuestión de confianza

NINGÚN problema ha logrado agitar en el mundo la vieja querrela religiosa como el problema de la instrucción. Y hay motivo para que ello sea así: la escuela es el gran taller que forja los cerebros y los corazones del porvenir; es en ella en donde las mentes humanas reciben su primordial impregnación de sentimientos y de ideas; es ella la que abre las puertas de la conciencia individual y colectiva; ella es, en fin, la que *siembra* para que la sociedad recoja los frutos en el porvenir. ¿Qué de raro, pues, que la religión que aspira legítimamente a ser una fuerza conductora quiera penetrar allí donde las generaciones actuales tallan el alma de las venideras?

Los pueblos más avanzados de la tierra, los más cultos, los verdaderamente libres, respetan hoy, con respeto hondo y sincero, la altísima idealidad que la religión entraña. No es verdad que la ciencia haya herido de muerte ni intentado siquiera eliminar de la vida esta idealidad. Ni la psicología, ni la ética, ni la estética, ni una siquiera de las ciencias sociales en cuyo nombre hablan ostentadamente los apóstoles de la irreligión, puede encaminarse por senderos de irrespeto. La Psicología nos muestra cuán hondas son las raíces que la religión ha echado en el cerebro humano a través de los siglos. La Ética nos dice cómo el sentimiento religioso, noblemente comprendido, respalda la moral de los pueblos, lo mismo la de una tribu que la de la sociedad mejor constituida. La Estética nos hace ver toda la parábola maravillosa que describe el sentimiento religioso en el alma del hombre y que cuando busca exteriorización puede cristalizar en la obra maestra, literaria o plástica. La Sociología, en fin, revela al hombre de estudio, al hombre libre, justamente, la razón de ser de este bello y fecundo sentimiento que florece dondequiera que el ser humano sienta su planta, así sea el ser primitivo que gesticula una salutación al Sol Naciente, como el hombre moderno que concibe y levanta el templo magnífico en la ciudad populosa.

La ciencia es, ante todo, comprensiva, y donde la comprensión abre sus puertas el irrespeto muere. Es precisamente en esta época de revaluaciones espirituales y de ruda brega por la existencia, cuando el filósofo aspira a poner más a salvo para la humanidad todo empeño que levante y dignifique, y que dé ánimo y consuelo al hombre. La ciencia es fría. Ella sólo investiga; aglomera datos, clasifica y define. Mas el científico de las ciencias sociales — el sociólogo — y el filósofo, que es su comentador y compañero, no pueden desdeñar los elementos-fuerzas de que la vida está preñada. Y la religión ha sido por siglos una de las fuerzas más potentes de la humanidad.

No es, pues, necesario ser devoto de un credo para asignarle a la religión un alto si-

tio en la vida. Basta ser hombre de pensamiento.

Por desgracia, para los intereses de la idealidad religiosa, son sus propios fieles, muchas veces, quienes más grandes males traen sobre ella. El energúmeno irreligioso nada lograría si el energúmeno religioso no se enfrentara a él con las mismas armas de pasión y de insania. «Todo lo exagerado es insignificante», profirió en alguna ocasión Tayllerand. Pero dos exageraciones que se encuentran pueden formar trombas de devastación. Es así como en el fragor de una lucha encarnizada lo primero que da en tierra es la idea objeto de la discordia, a la manera que rueda por el lodo una bella estatua en medio de los bárbaros que se la disputan.

Los unos, en nombre del libre pensamiento, quieren, con furia demoniaca, aplastar el pensamiento ajeno; los otros, en nombre de una religión hecha toda de amor, hecha de mansedumbre y de perdón, levantan

(Una Comisión de obreros ha pedido al Directorio que se niegue el subsidio de maternidad a las obreras solteras. — De los periódicos).



— ¡Quién sabe si el que me perdió se ha hecho obrero católico de los que piden que nieguen el subsidio!...

(Por BAGARÍA).

tan la bandera del odio, alto, muy alto, más alto que las propias torres de las catedrales. Y la tolerancia—que debiera ser una generosa manera del espíritu—se convierte en sacrificio envenenado, que corroe interiormente las almas y las mantiene como resortes comprimidos, prestos a saltar con violencia al primer frote de la idea contraria. Tácitamente un bando le ha significado al otro que tolera—léase que aguanta—las ideas contrarias, o sea los odios contrarios, a condición de que del otro bando haya igual respeto para sus propios odios.

Aquí, en plena Atenas Suramericana, acaba de ilustrarnos el problema al agua fuerte, un honorable Concejal. «Yo soy anticatólico, gritó en sesión reciente el ardoroso Edil, y exijo que ustedes los católicos me toleren esto, así como yo tolero el catolicismo». Tolerar no es, pues, respetar la idea ajena; es soportarla, y de qué modo! Anticatólico quiere decir precisamente que va contra la religión católica, que la combate, que la irrespeta—anti es siempre contra—más ya vemos que este representante de las ideas liberales entiende así la tolerancia... Y no sólo la entiende así sino que exige que se le respete esta original manera de entenderla.

Pero los contrarios no pierden un palmo en la trinchera, antes bien quieren avanzar y gritan también desafortadamente: «Nosotros somos el poder, somos la fuerza, somos la autoridad, y no aguantaremos las insolencias liberales. El liberalismo es pecado, Fuera, pues, el liberalismo».

Se olvida que el imperio de la religión no podrá ser jamás el imperio de una fuerza material. La religión sólo triunfa cuando convence, y toda supremacía que ella ejerza ha de sentirse de dentro para fuera—del corazón ha de venir este reconocimiento—o es una supremacía engañosa, desvirtuada, contraria al mismo elevado espíritu que la origina. La religión tiene su trono ideal en el propio corazón del hombre, y es éste un trono que no se puede alcanzar con la violencia.

La obra de catequización más inteligente y más honda que se ha hecho en nuestra época es sin duda la llevada a término en los Estados Unidos por el Cardenal Gibbons. ¿Y cómo? ¿Amenazando con las llamas eternas, negándole el pan, la sal y el agua al fiel de las otras religiones y al incrédulo? No; jamás así, sino enseñando con su propio ejemplo, con su asombroso ejemplo, que toda la humanidad podía caber dentro de la consoladora religión que él predicaba. Por eso el egregio arzobispo Ireland—otro pastor de almas, con alma de pastor—pudo decir en las solemnidades del jubileo del gran Cardenal: «Su espíritu es grande. Su visión intelectual no se limita a considerar un solo aspecto de los hombres o de las cosas. Su corazón es grande. Sus simpatías sólo se detienen allí donde la humanidad deja de existir; sin preocuparse de sí mismo gasta lo mejor de su actividad en bien de los demás. Encuéntrase listo a apoyar toda empresa patriótica, intelectual, social y filantrópica,

(Pasa a la página 26).